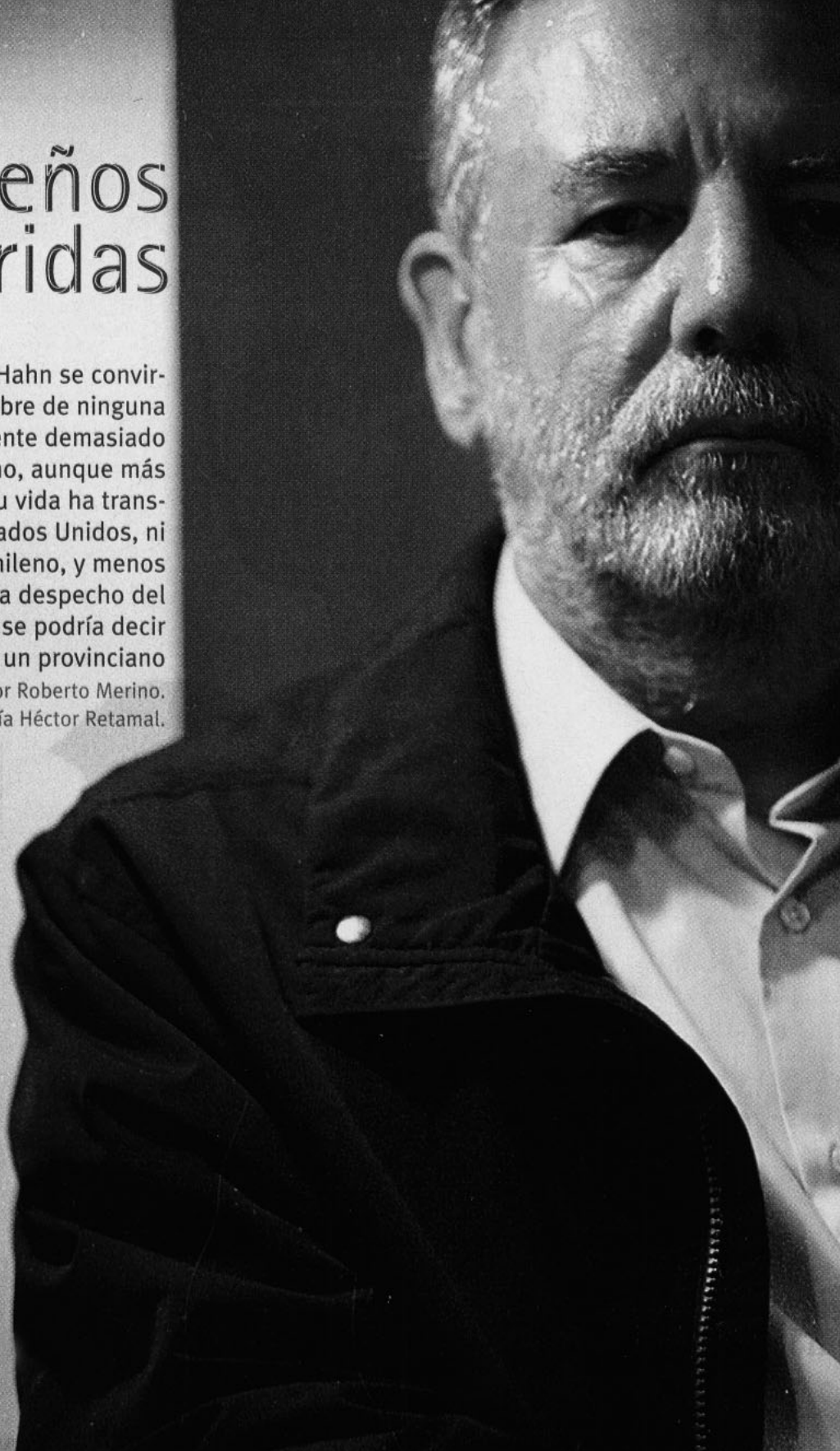


Sueños apátridas

El poeta Oscar Hahn se convirtió en un hombre de ninguna parte: no se siente demasiado norteamericano, aunque más de la mitad de su vida ha transcurrido en Estados Unidos, ni notoriamente chileno, y menos aún alemán, a despecho del apellido. Lo que se podría decir de él es que es un provinciano del mundo. Por Roberto Merino.

Fotografía Héctor Retamal.



A pesar que los últimos treinta años Oscar Hahn los ha vivido en Estados Unidos, sus obras son un referente inevitable para la poesía actual en castellano. Muchos de sus textos logran unir en un mismo flujo la tradición métrica española, el sedimento del habla chilena y los temas universales del género, del amor a la muerte. Actualmente, Hahn es académico en la universidad del estado de Iowa (el anti-Chile, según él). Por estos días anda en Santiago, invitado por Tobacco & Friends a raíz de la publicación de su último libro, "La magia de la escritura" (Editorial Andrés Bello), una colección de ensayos sobre otros poetas a través de los cuales parece estar fijando algunas señas de su propia experiencia literaria.

En una entrevista de hace años dices que empezaste a escribir a raíz de un acróstico que te pidió una niña, y que tus primeras lecturas fueron de un libro español del siglo XV sobre la danza de la muerte, un tema y una forma que has trabajado posteriormente.

Es curioso, porque el azar ha tenido un papel importante en mi vida. Lo de la niña del acróstico es una cuestión de azar. Si ella no me lo hubiera pedido no sé qué hubiera pasado. Y esto de los poemas medievales también. En ese tiempo era alumno del Liceo de Hombres de Rancagua, donde había una pequeña biblioteca. Un día estaba caminando, mirando, y saqué un libro cualquiera, por sacarlo, y eran las danzas de la muerte, que me gustaron mucho. En ese tiempo no me daba cuenta, pero ahora, que tengo 63 años, si observara que un niño lee poemas medievales españoles lo encontraría muy raro.

En varios de los artículos de tu último libro aparecen preocupaciones ensayísticas que, me parece, corresponden a los problemas que tú mismo tienes al escribir poesía.

Claro, fijate que hay dos críticos norteamericanos que escribieron artículos sobre mi poesía, y ambos, sin conocerse, plantearon eso: que mis textos de crítica, en el fondo, sin que yo supiera, eran como poéticas mías que usaban como pretexto a otros autores. Qué bueno que tú lo menciones porque quiere decir que hay algo.

Recuerdo que el año 80 contabas que en Iowa solías desconectar el teléfono el fin de semana, o que te ibas a andar solo en auto sin destino. ¿Ha cambiado tu vida?

Bueno, hubo un largo tiempo en que cambié porque estuve casado. Ahora estoy separado, así es que he vuelto un poco a eso otra vez, a la vieja historia, a de repente desconectarme del mundo. Pero mira, ya no lo hago tanto en realidad, porque tengo dos niños chicos que viven con la madre, y siempre tengo el temor que puedan necesitarme, que me llamen y no me encuentren. Mi responsabilidad de padre es más fuerte, además tengo una relación muy buena con ellos.

Y para escribir poesía, ¿te afectó el cambio de vida cuando te casaste?, ¿echaste de menos la soledad física?

No, acabo de terminar un libro de poemas inéditos que lo publicará la editorial Hiperión de Madrid. En este momento tengo treinta poemas: parte de ese libro, un veinte por ciento, lo hice mientras estaba casado; el resto después, pero no noto ningún quiebre. Me da la impresión que hay continuidad.

¿Para escribir no necesitas de un estado especial?

No, nada. Cuando hice mi primer libro -"Esta rosa negra"- vivía con tres compañeros en el mismo cuarto del Pedagógico. Y me acuerdo que escribí esos poemas mientras los otros saltaban por arriba de la cama, peleaban, se tiraban papeles, qué sé yo. Y nada, no me perturbaba. Hay gente que necesita de un silencio total y de la torre de marfil poco menos, yo no. Muchos de los poemas de "Versos robados" y parte de los sonetos de "Estrella fija" los escribí mientras estaba con mi hija chica en brazos dándole la mamadera. De repente dejaba la mamadera encima de la mesa y con la guagua en brazos escribía unos versos y luego le daba más mamadera, le cambiaba los pañales, la ponía a dormir y seguía escribiendo. No me afecta, es muy curioso, como que puedo hacer un bloqueo mental de la parte de mi cerebro que escribe el poema, y el resto sigue funcionando perfectamente.

Te mantienes en un estado de vigilia poética permanente.

Incluso puedo escribir tres o cuatro poemas simultáneamente. Y muy distintos: un soneto aquí, un poema sobre Duke Ellington acá, y además otro sobre el inconsciente. No soy un poeta complicado.

Sin embargo, eres un autor de poca producción.

De muy poca. El otro día una amiga me preguntó cuántos poemas había escrito en mi vida, y no lo sabía. Sacamos los libros y los contamos: 149.

¿Eso es poco o mucho?

Muy poco. ¡Hay gente que tiene 149 poemas en un solo libro! En toda mi vida, de los 17 a los 63 años, es muy poco.

Te preocupa.

No, porque creo que los poemas tienen que obedecer a una necesidad imperiosa interna. Sólo en ese caso me pongo a escribir el poema. Pero no digo, por ejemplo, "hoy día voy a escribir una oda a los calcetines", no.

¿Te interesan los lectores o en primera instancia escribes para tí mismo?

He llegado a la conclusión que mientras estoy escribiendo el poema no pienso en el lector. No pienso en ninguna cosa externa al texto que estoy haciendo. No pienso en la editorial, ni si va a salir o no, en lo que va a pensar el lector; me concentro en las palabras que tengo al frente y ya.



¿Qué te parecen los poemas de Bukowski?

Tiene cosas interesantes, pero su defecto es haber escrito demasiado. El otro día estuve en una librería en Iowa City, que se llama Barnes & Noble, en cuyo café me paso horas —es como mi oficina particular. Saqué todos los libros de Bukowski que tenían ahí. Deben haber sido unos doce volúmenes de poemas y poemas y poemas. Yo haría una buena antología suya y quedaría algo muy poderoso, muy sólido. Me gustan mucho las cosas que él hizo, pero la autocritica es fundamental en un poeta.

¿Qué remanentes chilenos hay en tu poesía después de tanto tiempo afuera?

Me pregunto siempre en qué sentido un poema puede ser chileno. La gente tiende a pensar que para que sea chileno, un poema debe nombrar la cordillera, los huasos o los saucos llorones. Pero a mí me pasó una cosa muy curiosa una vez que leí un poema mío — “Tratado de sortilegio”— en un recital en Nueva York. Al final se paró un argentino y me dijo que la voz que sonaba ahí le parecía muy chilena. Le dije que esto podría explicarse porque como había sido yo quien leyó el poema, con acento chileno. Me dijo que no, que el poema lo conocía de antes. El poema no tiene nada que ver con Chile, es un texto medio surrealista, con una serie de

cosas raras que pasan adentro, algo pesadillesco también, erótico, todo mezclado. Aunque claro, los primeros versos son: “En el jardín había unas magnolias curiosísimas, oye/unas rosas re raras, oh”.

Esas frases las escuchaste al vuelo en una oficina de Iowa, ¿no?

Sí, estaban dos chilenos hablando y uno le dijo al otro algo así como “en el salón había unas sillas curiosísimas, oye”. Cuando tú estás en el extranjero captas mejor la entonación chilena. Mientras vivía en Chile, sin haber salido, no me daba cuenta de cómo era la manera de hablar de los chilenos. La primera vez que una frase chilena me llamó la atención fue en Miami; estaba en una librería y detrás de un estante escuché: “¡Oye huevón mira lo que hay aquí!”. Al percibir ciertas peculiaridades lingüísticas o rítmicas o fónicas del español de Chile he podido usarlas después en mi poesía.

¿En tus sueños aparece Chile?

Diría que son sueños apátridas, no ocurren en ningún lugar definido.

Enrique Lihn definía a Chile como una gallina de cuatro patas. ¿Cómo se te aparece el país con la perspec-

tiva del tiempo y de la distancia?

Me queda clara una cosa: que generalmente cuando se habla de Chile en realidad se habla de Santiago. En Estados Unidos tenía una antena de satélite y podía ver el noticiero del canal 7. Cada vez que decían Chile se referían a Santiago. Se decían cosas como “en Chile el smog es un problema”, pero ése es un problema santiaguino. Y sucede que yo no soy de Santiago: nací en Iquique, a los catorce años mi familia se fue a Valdivia, después a Rancagua, donde pasamos unos siete años. Paralelamente era alumno del Pedagógico, vivía en los pensionados y volvía todos los fines de semana a mi casa. Cuando me titulé de profesor de castellano me fui a Arica y de ahí para afuera: viví tres años en el estado de Maryland, y luego en Iowa.

Es decir, has vivido siempre en provincia.

Siempre. Y en el exilio siempre me tocaba la pregunta inevitable: “¿Usted echa mucho de menos la Cordillera de los Andes? Mi respuesta era no. Porque había estado muy poco tiempo mirando la cordillera, porque también la Cordillera de los Andes de la que se habla es la que se ve desde Santiago.

¿Y cómo es Iowa?

Completamente plano. No hay cerros ni mar, es el anti Chile. Y la ciudad misma es universitaria, los cincuenta mil habitantes tienen que ver con la universidad. Hay una vida cultural increíble. Ahí han pasado toda clase de alumnos y profesores: Tennessee Williams, Raymond Carver, John Irving, Stephen King. A este último lo vi un día parado a la salida de un cine. Después mandó una carta a un diario reclamando porque fue a ver una película y habían dado al comienzo como media hora de comerciales con propaganda local.

¿Conociste a Carver?

Sí, fue una experiencia muy rara: estuve tomando café con él unas tres o cuatro veces y no sabía quién era. Porque cuando lo conocí no era Raymond Carver, era simplemente Ray, un alumno. Diez años después llegué a saber que ese tipo era Carver.

¿Cómo era?

Muy alto, medio gordito, de cara redonda, pelo claro, y me llamaba la atención por la forma que tenía de sentarse: se despaturraba en la silla. Hablaba de una manera indiferente, como que no le importaba nada. Me acuerdo muy bien: la chica que nos presentó —uno de los dos críticos norteamericanos que te mencioné al principio—, diez años después me la encontré y estaba llorando porque había muerto Raymond Carver. Le pregunté si era muy amiga de él o qué. Me dijo que por supuesto, y que yo también lo había conocido. Me recordó que habíamos estado tomando café cuatro o cinco veces y que incluso habíamos discutido en forma

desagradable sobre el realismo mágico. De repente lo empecé a visualizar: ¿Ray? Claro, Ray, Raymond Carver. La discusión fue a raíz que un profesor norteamericano me había dicho que su sueño era escribir una novela como “Cien años de soledad”. Carver, que estaba con las piernas estiradas, comentó: “Si a mí hay algo que no me gustaría hacer es una novela como ésa”. Entonces yo, muy descortés, le dije que siempre los norteamericanos nos miraban en menos a los latinos, que creían que lo único que había era su literatura. Me respondió que no era eso, sino que “Cien años de soledad” no era más que trucos literarios que a él no le interesaban. Le pregunté qué le interesaba: “Nada, las cosas como son no más”.

Es lo que finalmente hizo.

Claro, sus cuentos son realistas, minuciosos, donde no pasa nada, no hay tipos levitando. El realismo mágico era completamente opuesto a su estética. Pero fíjate que yo estoy destinado a esto: me pasó algo parecido con Mircea Eliade. Había en Iowa un poeta rumano, muy bueno, Mario Sorescu que me invitó a comer una noche. Llegué con una botella de vino chileno y estaba con un amigo suyo, a quien llamaba algo que me sonaba como Mirscha. En un momento Mirscha le pasó un libro de Mircea Eliade. Y Sorescu le pidió que le pusiera alguna cosita. Un rato después pedí permiso para ver el libro, busqué la dedicatoria y veo abajo: Mircea Eliade. Casi me caí de la silla. Y es increíble como es el ser humano, porque cambié totalmente. A pesar que hasta ese momento habíamos estado hablando de fútbol, de no sé qué partido de Rumania, me enmudecí de golpe. Para los estudiantes de mi época en el Pedagógico, Eliade era un nombre legendario, sus libros eran verdaderas biblias. Y el tipo estaba ahí sentado, en mangas de camisa y tomando vino chileno.

¿Puedes hablar algo sobre tu familia alemana?

Tengo poca información. Lo que he podido recuperar es que mi abuelo llegó de Alemania a Arica, y que tenía algo que ver con la construcción del ferrocarril Arica-La Paz. Se casó con una peruana de Tacna, mi abuela. No sé mucho más, sólo que mi primera esposa era de Arica, la conocí en el Pedagógico en Santiago. Ella volvió a Arica, yo la seguí y ahí nos casamos. Un día su padre me dijo que había conocido a mi abuelo: era un señor alemán que salía a caminar todo el tiempo, se paraba a conversar con él un rato y luego seguía caminando. Nunca pensó que un día un nieto del alemán se iba a casar con su hija. Otra cosa del azar.

No experimentaste la alemanidad en tu crianza.

Nada, porque mi madre es una chilena de origen español, como tanta gente, y no sabe nada de Alemania. Y mi padre murió cuando yo era muy chico. Fui criado como un chileno cualquiera. 